

Ibañez se unían á unos superiores talentos (pues parte de los *Ocios de mi juventud*, que intitula CADALSO, son escritos por ella) y á la fineza que le manifestó, esmerándose en manifestarla cuanto más abatido le veía, y áun ayudándole infinito. En mucho tiempo no salía CADALSO de la iglesia, sin moverse de la losa que cubría su memoria sino las horas que le precisaban los sacristanes á salir del templo. Su melancolía, poco alimento, miseria en que vivía á causa de sus muchos empeños, lo condujeron á unos términos deplorables, con indicios de seguir el mismo camino que madama, como deseaba. Últimamente paró su violento dolor en la extravagancia de desenterrar el cadáver; pasó al pié de la letra todo lo que describe en la *Primera noche*. En la *Segunda* diferencian bastante las noticias, pues aunque es evidente el lance de los asesinos y el reconocimiento de la justicia, no lo es la prisión que supone en la cárcel. En esto están unánimes los votos, con bastante fundamento, pues su graduación no permitía semejante tropelía. La *Tercera noche* de su capricho puso en ejecución el irreflexionado intento, pero no llegó á efecto por la vigilancia de varios espías que con esta mira puso el Conde de Aranda, por los muchos indicios que tenía. Últimamente lo encontraron en la parroquia de San Sebastian de esta córte (teatro de esta tragedia); con el mayor sigilo, según las instrucciones que tenían, lo sacaron, como también al sepulturero, de quien sólo he sabido que paró en un presidio, y que tanto á él como á su familia socorria CADALSO en todo lo necesario. Después de unas sábias y bien fundadas reconvenções, lo desterró el señor Conde de la córte (1), y recientes estos lances, compuso el papel que con tanto motivo usted aprecia. Un amigo de mi regimiento le estorbó que siguiese su composición, advirtiéndole que tenía su memoria fija en aquel irremediable sentimiento, y que su salud en nada mejoraba; lo consiguió, y disipada la melancolía, quiso concluir, á instancia de varios amigos, su obra empezada; pero le fué imposible seguir el mismo estilo, confesando que aquella obra era sólo hija de su sentimiento. Corren varias conclusiones de la *Primera noche*, pero todas diferencian del primer sentido. Ha de advertir usted que *Virtelio* era su barbero; en las poesías, *Dalmiro* es don Juan de Iriarte; muchos de los versos conocerá usted, por el asunto, se hicieron á la vida y muerte de la Ibañez.

Hasta aquí he conseguido indagar. Me parece haber llenado mi encargo, y así solicito la recompensa de usted, que será proporcionándome ocasiones de servirle, y no dudando de la verdadera amistad de su amigo y seguro servidor. — M. A. — Ag.º (sic) D.º Ca.º

(1) El juez de la *Noche tercera* es el Conde de Aranda. (Nota del Colector.)

POESÍAS.

REFIERE EL AUTOR LOS MOTIVOS QUE TUVO PARA APLICARSE Á LA POESÍA, Y LA CALIDAD DE LOS ASUNTOS QUE TRATARÁ EN SUS VERSOS.

Caro lector, cualquiera que tú seas, que estos mis ocios juveniles veas, no pienses encontrar en su lectura la majestad, la fuerza y la dulzura que llevan los raudales del Parnaso, Mena, Boscan, Ercilla, Garcilaso, Castro, Espinel, Leon, Lope y Quevedo: no ofrezco asuntos que cumplir no puedo. Sé que el mortal á quien benigno el hado la morada de Pindo ha destinado, halla en su cuna la sagrada rama con que se sube al templo de la fama. Tanta dicha á los cielos no he debido, bajo tan fausto signo no he nacido. En falsas córtés y en malicia fiera de mi vida pasó la primavera; jamás compuse versos hasta el día que me dejó la estrella más impía a mi pena y rigor abandonado, objeto débil del rigor del hado, y con amor y ausencia, mal más fuerte que cuantos he nombrado y que la muerte. Entónces, por remedio á mi tristeza, de Ovidio y Garcilaso la terneza leí mil veces, y otros tantos gozos templaron mi dolor y mis sollozos. Huyendo de los hombres y su trato, que al hombre bueno siempre ha sido ingrato, sentado al pié de un álamo frondoso, en la orilla feliz del Ebro undoso,

¡Cuántas horas pasé con los sentidos en tan sabrosos metros embebidos! ¡Ay, cómo conocí que en su lectura derramaban los cielos más dulzura que en el divino néctar y ambrosia! Mi tristeza en consuelos convertía, y mis males yo mismo celebraba por la delicia que en su cura hallaba; así como se alienta el peregrino cuando encuentra con otro en el camino, y con gusto el piloto al mar se entrega si otro con él el mismo mar navega; como se alivia el llanto si un amigo de nuestras desventuras es testigo; así los tristes versos que leía templaban mi fatal melancolía, hasta que en ellos me dispuso el cielo de todo mi dolor total consuelo. Así mi alma al Pindo, agradecida, cultivarle juró toda la vida. Con pecho humilde y reverente paso llegué á la sacra faldada del Parnaso, y como en sueños, vi que me llamaban desde la sacra cumbre, y me alentaban Ovidio y Taso, á cuyo docto influjo mi nimen estos versos me produjo: todos de risa son, gustos y amores. No tocaré materias superiores; de los supremos dioses y los reyes la oscura voz y las secretas leyes; los arcanos, enigmas y misterios; no digo con osados versos serios; antes con más sencillo y bajo tono celebro la cabaña y dejo el trono.

Ya canto de pastoras y pastores
Las fiestas, el trabajo y los amores;
Ya de un jardín que su fragancia envía
Escribo la labor y simetría;
Ya del campo el trabajo provechoso,
Y el modo de que el toro más furioso
Sujete al yugo la cerviz altiva,
Y al hombre débil obediente viva;
Ya canto de la abeja y su gobierno
Y el dulce tono del jilguero tierno.
No mido, con inútil osadía,
Cuánto anda el astro que preside al día,
Ni celebro vilmente á los varones
Funestos á la paz de las naciones.
Matar los hijos, degollar las madres,
Violar las hijas, afrentar los padres,
Lleven al hombre al templo de la gloria,
Al toque de clarín de la victoria;
Pero jamás con versos inhumanos
Héroes he de llamar á los tianos.
Y di, lector: ¿acaso nos importa
(Pues la vida es tan frágil y tan corta)
Que Febo dé su vuelta concertada,
Siendo la tierra la que está parada,
O que, parado el sol, la tierra suelta,
Al rededor de Febo dé la vuelta;
Ni que el piloto audaz y codicioso
Busque nuevos caminos al ansioso
Navío, y que dispute si es posible
Hallarlos por el paso inaccesible
Hacia el norte de Asia no cursado,
O si es mejor el paso acostumbrado
Por donde los gigantes patagones
Admiran los castillos y leones
En las popas de naves españolas,
Cuando surcan aquellas bravas olas?
No leas con temor. Ni voz, ni idea
Verás en mí que indecorosa sea,
Ni ofenderé al pudor más recatado.
Podrá decir mis versos sin cuidado
El labio virginal, sin que ofendidos
Deje mi blando nimen sus oídos.

DECLARA EL AUTOR SU AMOR Á FÍLIS.

No canto de Numancia y Sagunto
El alto nombre ni la envidiable gloria,
Que ninguna nación tiene en su historia,
No elijo por asunto
El noble ardor del portugués famoso,
Que con el traje de infeliz villano
Puso freno afrentoso
Al grande orgullo del poder romano.
Ni de Pelayo canto las acciones
Con que domó las bárbaras naciones
A España conducidas,
Y en ella mantenidas
Por codicia africana,
Por venganza inhumana,
Y porque estaba España deliciosa
Sepultada en el lujo, desidiosa.
Ni tocaré con nimen elevado
La prudencia, virtud, valor y saña
Del valiente extremeño
Que con glorioso empeño
Al terreno envidiado
Llevó las armas de la invicta España.
Ni canto á Carlos Quinto, aquel guerrero
Que prendió de la Francia al Soberano,
Venció al francés y castigó al germano
Y al africano fiero.
Ni al noble hermano de Felipe Augusto,
Que en el mar de Lepanto,
Con grande estrago y susto,
Puso cadena al Turco, al orbe espanto.
Ni de Alvaro Bances, de quien ingleses
Y turcos y franceses
Conservarán impresa la memoria,
Contando en cada acción una victoria,
Ni el brío más que humano
Del Cid Diaz, soberbio castellano,

Que con su lealtad, fuerza y prudencia,
Deteniendo la rueda á la fortuna,
Las armas de su rey puso en Valencia
Sobre la media luna,
Ni las hazañas y virtudes raras
De Córdoba, Navarros y Pescaras,
Carpíos, Verdugos, Vargas, Mondragones,
Con la turba inmortal de otros varones.
Nobles abuelos nuestros, y soldados
En España nacidos,
En Italia y en Flándes conocidos
Y por el orbe entero respetados,
Sin que la envidia de la gente extraña
Pueda negar su gloria á nuestra España,
No fué á mi musa dado,
Con el horrendo són del bronce herido,
Cantar como sagrado
El guerrero rigor, grato al oído
Del que entre sangre, robo, rapto y furia,
A la infeliz humanidad injuria.
Mi lira canta la ternura sola;
Apolo me la dió, Venus templóla,
Y áun ella preludivió mi dulce acento,
Que al céfiro paraba por el viento,
A las aves sacaba de sus nidos,
Al hombre enajenaba sus sentidos;
A sus sonoras voces
Se amansaban los brutos más feroces,
Y las mismas deidades elevadas
Quedaban con sus ecos encantadas.
Con tal impulso tu favor no imploro,
Familia docta del castalio coro;
Divinas nueve hermanas,
No os pido aquellas fuerzas soberanas
Con que Homero cantó del griego armado
Y del cielo en dos bandos separado,
Las iras y el rencor. Musas, no os pido
El nimen escogido
Con que cantó Virgilio al pío Enéas,
Por entre incendios y horrosas teas
Sacando padre, dioses, hijo, esposa
De Troya lastimosa;
Venciendo vientos, mares y enemigos
Hasta fundar á Roma.
Diverso vuelo toma
Mi pluma, que al amor he dedicado;
Porque en metro mezclado
De gusto y de tristeza
Celebro de mi Filis la belleza,
Y temiendo del hado los vaivenes,
Canto su amor y lloro sus desdenes.

FRUTO QUE DESEO SACAR DE MIS POESÍAS.

Horacio con sus versos aspiraba
De la inmortalidad á la alta cumbre;
En ellos fabricaba
Mansion para su nombre, y discurría
Que al tiempo vencería,
Y que la muchedumbre
De días y de meses y de edades
De las posteridades
Sería, con su nombre comparada,
Lo que es la tierra, de hombres habitada,
Respecto de los astros que miramos
Y de los que ignoramos
En esa inmensa esfera.
Pero mi musa, menos altanera,
Sin aspirar á que sus poesías
Sean doctos objetos
Allá en lejanos días,
Cuando vivan los hijos de mis nietos,
Solamente desea
Que en estas hojas mi consuelo vea
En el mar de la suerte en que navego,
Cual pasajero ciego
Y tímido, ignorante
Del rumbo, de las costas y del viento,
Y del mudable y bárbaro elemento,
Temiendo á cada instante
Hallar segura muerte,

Sin que la aparte mi sollozo blando,
Y no como el piloto osado y fuerte,
Que á los cuatro elementos va burlando,
Porque las artes sabe
Del viento aleve y la ligera nave.

SOBRE SER LA POESÍA UN ESTUDIO FRÍVOLO, Y CON-
VENIRME APLICARME Á OTROS MÁS SÉRIOS.

Llegóse á mí con el semblante adusto,
Con estirada ceja y cuello erguido
(Capaz de dar un peligroso susto
Al tierno pecho del rapaz Cupido),
Un animal de los que llaman sabios,
Y de este modo abrió sus secos labios :
«No cantes más de amor. Desde este día
Has de olvidar hasta su necio nombre;
Aplicate á la gran filosofía;
Sea tu libro el corazón del hombre.»
Fué, dejando mi alma sorprendida
De la llegada, arenga y despedida.
¡Adios, Filis, adios! No más amores,
No más requiebros, gustos y dulzuras,
No más decirte halagos, darte flores,
No más mezclar los celos con ternuras,
No más cantar por monte, selva ó prado
Tu dulce nombre al eco enamorado;
No más llevarte flores escogidas,
Ni de mis palomitas los hijuelos,
Ni leche de mis vacas más queridas,
Ni pedirte ni darte ya más celos,
Ni más jurarte mi constancia pura,
Por Venus, por mi fe, por tu hermosura.
No más pedirte que tu blanca diestra
En mi sombrero ponga el fino lazo,
Que en sus colores tu firmeza muestra,
Que allí le colocó tu airoso brazo;
No más entre los dos un albedrio;
Tuyo mi corazón, el tuyo mio.
Filósofo he de ser, y tú, que oíste
Mis versos amorosos algún día,
Oye sentencias con estilo triste
O lúgubres acentos, Filis mía,
Y di si aquel que requebrarte sabe,
Sabe también hablar en tono grave.

Á LA FORTUNA.

¿Dónde hallarás quien resistirse pueda,
Ciega deidad, al delicioso encanto
Del són del torno de tu inestable rueda?
Si de algun triste el doloroso llanto
Aparta al sabio de la atroz ruina,
¡Qué poco dura el saludable espanto!
La mayor parte con vigor camina
Al aéreo templo de la diosa Fama,
Y despreciar ejemplos determina.
Enciende la ambición su horrenda llama,
Toca el clarín la gloria, el mundo suena,
Y nuevas redes tu locura trama.
El alma débil de furor se llena;
Segunda vez se entrega á tu mudanza,
Que los gustos más gratos envenena.
También guióme un tiempo la esperanza,
Monstruo á quien abortó tu devaneo,
Y culpé tu rigor y tu tardanza.
¡Oh, cuántas veces se inflamó el deseo
En este pecho joven é inocente,
Que ya por fin desengañado veo!
¡Cuál crecía el incendio, qué imprudente
Propuse levantar al firmamento
Mi nombre del Ocaso hasta el Oriente!
El militar estruendo, el duro acento
Del jefe que las tropas disponía,
El ronco són del belico instrumento,
La clin del animal que Bétis cria,
El brillo que el dorado Tajo presta
Al fiero de Cantabria, patria mía;
La pólvora, á las madres tan funesta,
Con estrépito horrendo en los cañones,

Que tantas vidas y sollozos cuesta,
Y de la horrenda guerra las acciones,
Parecíanme gloria, soberanas
Dignas de los que habitan las mansiones
Del alto Olimpo, y que las nueve hermanas
Sólo debían entonar loores
A las almas feroces é inhumanas.
Llenábase mi pecho de furoros
Al leer de Curcio y de Solís la historia,
De Alejandro y Cortés aduladores,
Envidiaba á los dos la fiera gloria
De ver en Motezuma y en Darío
Caprichos de la suerte y la victoria.
Un héroe sabio y un monarca pio
Parecíanme indignos de su cuna,
Su libro indigno del estudio mio.
Con gusto vi la bélica fortuna
Del soberbio breton al lusitano
Dar contra España audacia no oportuna,
Y las melenas del leon hispano
Coronarse con lises, y á su saña
Rendir Almeida el alto muro ufano.
Y al ver de Marte, por la dura España,
Rodar el carro con horrible estruendo,
Y alzar la muerte su infeliz guadaña,
Iba yo en mi memoria recorriendo
Historias dignas de dolor y espanto,
Y mi alma con sus nombres complaciendo
De Numancia, Sagunto y de Lepanto,
De Méjico, de Cozco y de Pavia,
De San Quintín, de Almansa y Camposanto,
De Roncesvalle y tanto crudo día
Que en nuestros fastos con orgullo se halla
Y lee la juventud con alegría.
Deseaba llegase la batalla
En que las tropas que la Lipe ordena
Huyesen de Lisboa á la muralla,
Ó rindiesen el cuello á la cadena,
Para venir de Atocha al templo santo,
Que de himnos victoriosos siempre suena,
Y do ven las naciones con espanto
Banderas y estandartes y tambores,
Con nuestro gozo y con ajeno llanto;
Pero días más gratos y mejores
Iba trayendo el tiempo á los mortales,
Enfrenando de Marte los rigores.
Y Carlos, lastimado de los males
Que el mundo en tantos años padecía,
Le quiso repartir bienes iguales,
Y así como Neptuno volvió el día
Quietud, y sol al triste mar turbado,
Por iras de la diosa que quería
Anonadar la gente á quien el hado
Prometía el imperio de la tierra,
Así también al mundo, encarnizado
En una larga y horrorosa guerra,
Carlos dió paz, y el mundo gozar pudo
Los muchos bienes que su nombre encierra.
El soldado, colgando el fuerte escudo
En el nativo hogar, al padre anciano,
Con tono extraño y ademán forzado,
Contó los lances de la guerra, ufano
De que su simple voz oída sea
Por cariñosa madre, tierno hermano,
Zagales toscos de la misma aldea,
Y la zagala joven y gallarda
Con quien unir su corazón desea,
Y á quien el día deseado tarda,
Ya de otro caos la naturaleza
Sale segunda vez; no se acobarda
El marinero ya con la fiera
Del mar, ni el labrador ya se detiene
En romper de la tierra la dureza.
Cada arte y ciencia nueva vez previene
A quien la trate aplausos y consuelo;
A los mortales la quietud ya viene,
Y la voz de los pueblos llega al cielo;
Con júbilos, con gozo y alegría,
El cielo esparce su bondad al suelo;
Y yo, sintiendo el deseado día,
Viendo en él mi esperanza fenecida,
Pues la guerra tu gracia me ofrecía,

Vine á la corte, donde nueva vida
Nuevas lides ofrece y nueva pena,
Con colores de gustos bien fingida,
Allí arrastré la rigida cadena,
Tan dura, que aun despues de rescatado,
En mis oídos su ruido suena.
Sí, fortuna, yo vi (¡cuán espantado
Hasta ver que lo mismo siempre ha sidol),
Vi lo que nunca hubiera yo soñado,
Y por tus sacerdotes conducido,
Tus ritos vi, tus victimas y templo,
Jóven audaz y nada aperebido.
Guióme de otros muchos el ejemplo,
Cuya vida juzgaba yo calmada,
Y ahora esclavitud triste contemplo.
Ya con rodilla ante el altar doblada,
Movió mi débil mano el incensario
Por culto de una estatua inanimada.
La cara del amigo y del contrario
Mil veces vi con arte equivocarse,
La del cobarde y la del temerario.
En fin, vi con dolor adulterarse
Virtud, honor, bondad, y con pasiones
Del más horrible género mezclarse.
Me engañaste hasta aquí, ¡Cuántas razones
Tirana me pusiste, deseando
Llevarme más allá! ¡Cuántas me pones
Con rostro afable y con acento blando,
Aun despues del desprecio con que veo
Al que vas abatiendo ó ensalzando!
Lo sabes, y que yo sólo deseo
Huir de tí, porque jamas consigas
De mi pecho formar nuevo trofeo,
Por más que me acaricies ó persigas.

Á UN HÉROE,

ADVIRTIENDO QUE APRECIE Á LOS POETAS, PORQUE
ELLOS TRANSMITEN Á LA POSTERIDAD LAS HAZAÑAS
DE LOS HOMBRES GRANDES.

Los lauros que en la lid habeis ganado,
Á Marte no ofreceis, agradecido;
Vuestro nombre y el triunfo conseguido
Quedará en pocos años sepultado.
En el eterno olvido.
Mas si con esas victoriosas manos
Os despojais del ramo de la gloria,
Y á Febo dedicais vuestra victoria,
Las Musas á los siglos más lejanos
Llevarán la memoria.

PASATIEMPOS.

Sacó Fabio su libro de memorias,
En que todos los días apuntaba
De su importante vida las acciones,
A la posteridad noticias gratas.
Leyó de la semana antecedente
La cuenta, que escribió con pluma exacta:
Lunes me enamoré, martes lo dije,
El miércoles me dieron esperanzas,
Jueves me amaron, viernes fastidiéme,
El sábado di celos, vi mudanzas,
El domingo inclinéme hacia otra parte...
¡Miren una semana bien gastada!

CARTA DE FLORINDA

Á SU PADRE EL CONDE DON JULIAN, DESPUES
DE SU DESGRACIA.

Señor (pues ya no debe
Apellidarte padre aquesta triste,
A quien el astro aleve
Arrebató el honor que tú la diste),
Te envío con mi carta mi quebranto;
Mezcla tú mis renglones con tu llanto.
¡Ay! trémula mi mano
Borra los caracteres que escribía,

Porque el dolor tirano
Agita con temblor la pluma mia.
Mi mano, en infortunio tan deshecho,
Imita lo agitado de mi pecho.
Conozco por mi aliento,
Antes que aquesta carta ha de acabarse,
Tendrá nuevo tormento
Mi corazón en no poder vengarse;
Florinda morirá, sin que en Rodrigo
Vengues mi honor, castigues tu enemigo.
Cuando tan fuerte sea
Mi pecho, que á sus males no se rinda;
Cuando mi padre vea
Su honor entre desdoras de Florinda;
Muerto te quedarás, ¡oh padre amado!
Y nuestro honor marchito y no vengado.
Mas aunque no resista
Mi fuerza á la ignominia de expresarla,
Ni tu infelice vista
A la dura desdicha de mirarla,
A la posteridad estos renglones
Acaso servirán como lecciones.
Al jóven don Rodrigo
Hermosa parecí, llámóme hermosa.
¡Ay, sobrado te digo
En frase tan sencilla y azarosa!
Él era rey y jóven y era amante,
Y yo mujer, hermosa é ignorante.
¡Con qué tiernas miradas
Me declaró el amor que me tenía!
¡Qué voces, disfrazadas
Con estudiado estilo, proferial
Sus ojos y su boca se ligaban
Contra mi corazón, y del triunfaban.
Mi corazón, ajeno
De lo que amor se llama entre los necios,
Se tuvo tan sereno,
Que por halagos tiernos dió desprecios;
Pero de amor la inexplicable llama
A veces en el fuego más se inflama.
¡Qué fiestas no intentaba
Para lograr sus fines, suntuosas!
La corte se admiraba,
Ignorando las causas asombrosas;
Yo sola no ignoraba de esas fiestas
La causa y consecuencias; ¡qué fimestas!
Mil veces al torneo
El mismo don Rodrigo se veía
Las alas del deseo
Mezclar con las del traje que vestía;
El traje, la divisa y la librea
Los fines me explicaban de su idea.
Mil otras se postraba
A su triste vasalla el Soberano,
Bendito me juraba
Pondría sus dominios en mi mano;
Alguna vez más bajo se abatía,
Diciendo que á mis piés todo pondría.
Las cargas del reinado,
Tan duras de llevar y tan precisas,
Dejaba, descuidado,
En manos ó malvadas ó indecisas;
¡Cuál podía mandar un reino entero
Quien era de otro reino prisionero?
Por fin, los maliciosos,
Á costa de desvelos y cuidados,
Supieron los dudosos
Motivos por él mismo declarados.
Comenzaron sus necios artificios
A preparar mayores precipicios.
Algunos, ignorando
Que el pecho femenino más entero
Suele rendirse blando
De la soberbia al tono lisonjero,
Quisieron deslumbrar el pecho mio
Con ideas de mando y poderío.
Decían que grandeza,
Palacio, España toda, el mundo entero
A mis piés su cabeza
Al punto rendiría con esmero,
Y que aceptase el lauro prodigioso
De ser reina del rey más poderoso.

A todos resistía
 Tu hija, combatida de mil modos;
 Solo se defendía
 Mi honor, que se oponía contra todos;
 Contra el amor, en artes abundante,
 Solo el honor consigne ser triunfante.
 Triunfé; pero Cupido,
 Viéndose de mi triunfo avergonzado
 Y viéndose vencido,
 A todos los delitos arrestado,
 A la astucia juntó y á la demencia,
 Engaños, amenazas y violencia.
 Un día (¡con qué agüeros
 Me lo predijo el cielo, con qué susto!),
 Con aspectos severos,
 Nublado el sol, no vió al rey injusto;
 Un negro gavilán vi que seguía
 A una tierna paloma, que le huía.
 Yo vi que á una cordera
 Un lobo devoraba ensangrentado;
 Yo vi su saña fiera
 Al pié de mi palacio desgraciado.
 ¡Necia de mí, que con agüeros tales,
 No me temi los más atroces males!
 En ese mismo día
 Rodrigo me llamó y así me dijo:
 «Tu noble valentía
 Venció, por fin, á mi fervor prolijo;
 Admiro tu virtud y la venero,
 Yo mismo envidio un pecho tan entero,
 »Florinda, ya se acaba
 De mi persecucion el necio empeño;
 Aun mi alma se alaba
 De humillarse á la fuerza de tu ceño;
 Vive felice, sin temor ni susto;
 Ya no aspiro á más gusto que tu gusto.»
 Mis lágrimas siguieron,
 Del gozo á la sorpresa de mi oído,
 Como seguir se vieron
 Al susto en otro tiempo conocido;
 Y mi alma, con tan nuevas mutaciones,
 Lloraba y aplaudía sus blasones.
 Al fin, agradecida,
 Á sus plantas postreme presurosa;
 Juré que en la vida
 Olvidaría acción tan generosa
 Y que la sangre toda de mi gente
 Vertería en su obsequio reverente.
 Iba mi entendimiento
 Con lágrimas y voces á explicarse
 En su agradecimiento,
 Cuando mi corazón sentí turbarse,
 Y con el nuevo gozo enajenada,
 Caí entre sus brazos desmayada.
 Mas ¡cielo! mi hermosura
 Sin duda nuevo lustre en mi tristeza,
 Y su osada locura
 Nuevas fuerzas tomó de mi flaqueza,
 Y mi alma entre las sombras de la muerte
 Dejó de ser, como en la vida, fuerte.
 Volví del accidente,
 ¡Ojalá que á la vida no volviera!
 Y Rodrigo, insolente,
 Mirábame con complacencia fiera,
 Diciendo: «¡Ves, Florinda, cómo el cielo
 Favoreció mi ardor y mi desvelo?
 »Lo que tú has resistido
 Con tan ciego tesón y tiranía,
 El cielo ha permitido
 En un instante; ya te he hecho mía.
 Lo que ha empezado el cielo prosigamos
 En dulce unión el tiempo que vivamos.»
 Al oírle y mirarme,
 Rompí los nudos que su brazo hacía,
 Y fiera al arrancarme
 Cobré la voz, y al tiempo que él huía,
 Dije: «¡Ay de tí, Rodrigo! tus maldades
 Han de llorar las miserables edades.»
 ¡Qué necia! ¡Cuál sonaba
 Mi voz por el palacio del delito!
 ¡Qué triste publicaba
 El crimen de Rodrigo y mi conflicto!

«¡Venganza, sí, venganza!», repetía,
 Y al cielo y á la tierra la pedía.
 Viendo que tierra y cielo
 Sordos estaban siempre á mis oídos,
 Sólo pedí consuelo
 A mis tristes potencias y sentidos;
 ¡Excesos son de la venganza insanos!
 Quise matar al Rey con estas manos.
 Pensé yo convidarle
 Á mi jardín, con fácil fingimiento
 Mi pecho presentarle,
 Como cambiando en gusto su tormento;
 Decirle que podía sin recelo
 Contar con mi ternura su desvelo;
 Y al tiempo que él, demente,
 Con la amorosa llama deslumbrado,
 Se llegase impaciente
 Al pecho á quien creía conquistado,
 Con un puñal lavar en su torpeza
 La mancha derramada en mi flaqueza.
 Mas sin duda los reyes
 Son de tan superior naturaleza,
 Que las humanas leyes
 Humillan el rigor y fortaleza,
 Y sólo puede castigar coronas
 Quien maneja los astros y las zonas.
 Ya me falta el aliento
 Para la grave empresa meditada;
 Un impulso violento
 Me detiene la mano levantada,
 Y en tan dudoso, obscuro y cruel abismo,
 Vuelvo el puñal contra mi pecho mismo.
 Y al punto (¡quién creyera
 Que faltara á Florinda valentía!)
 Que lo emprendo, severa,
 Tiembla, cobarde, aquesta diestra mía,
 Y así á mi padre en mi desdicha apelo,
 Por muerte, por honor y por consuelo.

EL PODER DEL ORO EN EL MUNDO.

DIÁLOGO ENTRE CUPIDO Y EL POETA.

Poeta. Tu imperio ya se acaba;
 Guarda, niño, las flechas en la aljaba.
Cupido. Pues y los corazones
 ¿Cómo han de conquistarse?
Poeta. Con doblones.

A LOS DIAS DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR
 CONDE DE RICLA.

Salid, ninfas del Ebro;
 Á mis voces juntad vuestra armonía;
 Cantad al que celebro
 En su dichoso y deseado día;
 Salid, ninfas, cantando,
 Y el eco suene con acento blando.
 Una tropa ligera
 De sátiros y faunos y silvanos
 Impaciente os espera,
 Venida de los montes más lejanos,
 Para formar su danza,
 Y lloran tristes ya vuestra tardanza.
 Las aves lo supieron
 (Sin duda de algún nymen inspiradas),
 Y más prontas unieron
 Sus voces por los cielos concertadas,
 Y con voz más sonora
 Más presto despertaron á la aurora.
 Apenas del Oriente
 Abrió las puertas la rosada aurora,
 Cuando el prado y la fuente
 Vistió la mano de la diosa Flora,
 Regando el verde suelo
 Con el sonoro y líquido arroyuelo.
 Pisad, ninfas del prado,
 Con libre pié la rosa y azucena,
 Y del pelo dorado
 Caigan las perlas en la orilla amena,

Porque adorno más bello
 A vuestra sien dará vuestro cabello.
 ¡Egregio Villalpando!
 Así cantaba yo con bajo acento
 Y lira humilde, cuando
 Sentí en mis venas un ardor violento,
 Cual suele de repente
 De Etna brotar un ígneo torrente,
 Y así como se extiende
 Por campo, valle, prado, selva y monte
 La llama, y más se enciende,
 Y parece abrasado el horizonte;
 Así me senti luego
 Todo encendido en un sagrado fuego.
 No pisa más osada
 La tripode, que anuncia lo futuro,
 La Pítica inspirada,
 A quien Febo abre el libro siempre oscuro,
 Donde están estampados
 Los divinos secretos de los hados;
 Ni se le eriza el pelo,
 Ni la voz se le turba en la garganta,
 Ni mira osado al cielo,
 Ni lleno ya de fuerza se levanta
 Con el ardor y asombro
 Que mi alma siente cuando yo te nombro,
 Ni del vulgo profano
 La turba ofrece reverente oído
 Al tono más que humano,
 Que el sacerdote pitio ha proferido,
 Con más sagrado espanto
 Que el mundo me oye si tu nombre canto.
 Ya veo que del río
 Cuyo nombre ha tomado España entera,
 Al fuerte acento mío,
 Sale el anciano dios con faz severa
 Y tridente en la mano,
 Igual al de Neptuno soberano.
 Ya aparta del cabello
 Los juncos y las conchas y corales,
 Y por el duro cuello
 Lo esparce en largas trenzas designales
 Con la nervuda diestra,
 Y la ancha frente y sus arrugas muestra.
 Con la siniestra aplica
 Á su gran boca un caracol horrendo,
 Que sus voces duplica,
 Causando al eco un nunca oído estruendo;
 Siete veces le toca,
 Y siete tiembla la cercana roca.
 Y mirándose adusto
 (Sintiendo que un mortal alcance á tanto
 Que conmueva á su gusto
 A las mismas deidades con su canto),
 De envidia y rabia lleno,
 Vuelve á sus ondas por su verde seno.
 Detiene su corriente
 El Ebro, y se sosiega la onda pura,
 Y hácia el golfo de Oriente
 Su curso, como suele, no apresura,
 Y Neptuno, irritado,
 Echa menos el feudo acostumbrado.
 Ya del tranquilo río
 Las ninfas y tritones van saliendo;
 Éstos con grande brío
 Las importunas olas van abriendo,
 Porque salgan gustosas
 Las ninfas en sus conchas primorosas.
 Zagalas y pastores,
 Que esperáis en la orilla su llegada,
 Decid si otras mayores
 Bellezas vió jamás vuestra morada,
 Decid, verdes orillas,
 Si nunca visteis tales maravillas.
 Apenas han salido
 Del agua, cuando dan dulces acentos
 Al eco suspendido,
 Y su gozo se esparce por los vientos.
 Decid, aves canoras,
 Si nunca oísteis voces tan sonoras,
 Ya la mansa corriente
 Á la orilla feliz bien envidiada

Las lleva blandamente,
 Y los tritones sienten su llegada,
 Y sacando hácia fuera
 Los brazos, cada cual la suya espera.
 Uno, que más desea
 La vuelta de su amada ninfa, dice:
 «Vuelve, mi Galatea,
 Vuelve al constante amor de este infelice;
 Así la cipria diosa
 Te haga cada día más hermosa.»
 Esto mismo repite
 Cada cual á la suya con ternura,
 Y sabroso convite
 La prepara, en señal de su fineza,
 De peces y de frutas
 Que el río cria dentro de sus grutas.
 Pero ellas no se cuidan
 De tanto anhelo y de dulzura tanta,
 Viendo que las convidan
 A herir el suelo con ligera planta
 Pastores más hermosos
 Y sátiros y faunos bulliciosos.
 Témplanse los panderos
 Y flautas y zampoñas pastoriles
 Con los suaves jilgueros
 Y zagales con voces juveniles,
 Y con sus blancas manos
 Tocan las ninfas sonos más que humanos.
 La más bella levanta
 Al alto Olimpo tu eminente cuna,
 Y con brío te canta
 Superior al poder de la fortuna,
 Y «viva Ricla, viva»,
 Exclama el coro de la comitiva.
 Otra su voz ofrece
 Á lo benigno de tu noble pecho,
 E igualarle parece
 A los influjos del empero techo,
 Y el coro junto exclama:
 «Que Ricla viva con eterna fama.»
 Otra dice que fuiste
 Al reino últimamente del gran Cárlos;
 Que á los indios pusiste
 Bajo su amparo para rescatarlos,
 Y el gran coro vocea:
 «Viva el gran Ricla, venturoso sea.»
 Otra ninfa te canta,
 Venciendo con estrago á los germanos,
 Y dice: «¡Cuánto espanta
 El hierro, si lo esgrimen esas manos!»
 Y el coro, que lo ha oído,
 Repite: «Viva quien triunfante ha sido.»
 Otra dice: «Tu celo
 Para las armas del hispano Marte,
 La bóveda del cielo
 Vuelve mayor su voz para alabarte.»
 Y el coro escucha atento
 Y dice: «Viva», con sonoro acento.
 A cada ninfa hermosa
 Que cantaba con celo tus loores,
 La comitiva ansiosa
 Ofrecía guirnalda de mil flores,
 Y ella se las quitaba,
 Y en tu estatua de mármol las dejaba.
 Y el tiempo, grave anciano,
 Con hoz irresistible y destructora
 Se aparece, y ufano
 Mirando á la cuadrilla que te adora,
 Dice: *Este será el solo
 A quien defienda de mi brazo Apolo.*

TRADUCCION DE HORACIO.

Al constante varón de ánimo justo
 Jamás imprime susto
 El furor de la plebe amotinada,
 Ni la cara indignada
 Del injusto tirano,
 Ni del supremo Júpiter la mano
 Cuando irritado contra el mundo truena,
 Ni cuando el norte suena;

Caudillo de borrascas y de vientos;
Si el orbe se acabara,
Mezclados entre sí los elementos,
El justo pereciera y no temblara.

DESDENES DE FÍLIS.

EGLOGA

ENTRE DALMIRO Y ORTELIO, PASTORES.

POETA.

Como la tortolilla en su retiro,
Con solitarios llantos y lamentos,
Triste se queja del rigor del hado,
Así en un bosque el infeliz Dalmiro
Sus quejas amorosas daba al viento,
De verse de su ninfa abandonado,
Léjos de su ganado,
De su cabaña ausente,
En su dolor demente,
De todos y de todas se ausentaba.
Lloraba y sus sollozos duplicaba;
Sólo la soledad apetecía,
Porque ella le imitaba
Con tanta natural melancolía.
¡Cuántas veces el sol, cuántas la luna
Sus concertados giros revolvián,
Y al pie del mismo tronco le encontraban!
El vecino arroyuelo y la laguna
Helarse y deshélarse se veían,
Y mudado á Dalmiro nunca hallaban.
Las aves que pasaban
Hallaban á Dalmiro
En el mismo retiro.
Las mismas voces, con el mismo acento,
Solía dar á la region del viento;
El eco de sus voces se cansaba,
Porque de su lamento
Lo mismo cada día duplicaba.
Si alguno sin morir ha padecido
De celos y desdenes la aspereza,
Sabrá lo que Dalmiro padecía.
Ya estaba á tal estado reducido,
Que ni aún horar podía su tristeza;
Falto de fuerza, estatua parecía;
Morirse se veía,
Y sin duda muriera,
Si algún dios no quisiera
Que en lo sereno de la noche clara
Con su rebaño Ortelio se acercara
Y conociera á su Dalmiro amado;
Pero no por la cara,
Que ésta se había ya desfigurado.
Ortelio, por los aires conducido,
Al triste objeto que en los aires daba
Llegó, miró, y prorumpió en lamentos.
Por su antigua amistad enternecido,
Su pecho al de su amigo ya acercaba;
Ya le daba sabrosos alimentos,
Ya varios condimentos
De yerbas y de flores,
Por sí con sus olores
Sacarle del letargo conseguía;
En vano con dulzura socorria
En sus brazos al triste moribundo;
Morir con él quería;
¡Ya no hay tales amigos en el mundo!
Dalmiro abrió los ojos lentamente
Y los fijó sobre su Ortelio amado,
Y al punto que le vió, sintió consuelo.
Esfuerzos hizo con su voz doliente
Para contar á Ortelio su cuidado,
Su llanto, su dolor, su desconsuelo,
Hasta que quiso el cielo
Que en tal amigo hallara
Consuelo que bastara,
Contándole con queja su quebranto.
En todo el mundo no hay consuelo tanto
Como contar á su leal amigo
El motivo del llanto,

Sin arte, sin respeto, sin testigo.
Este coloquio entre los dos pastores
Pasó; si lo oye alguna ninfa bella,
¡Cuál se envanecerá de su hermosura,
Al ver que al hombre matan los rigores
De la beldad más que los de la estrella,
Como prueba esta lúgubre aventura!
En la verde espesura
De este modo se hablaron
Y la historia trataron;
No se tenga por cuento fabuloso:
Es tan seguro como lastimoso.
Todo pastor de amores escarmiente
Lance tan horroroso,
Y escuche este coloquio atentamente.

ORTELIO.

¡Oh tierno amigo de este pecho mío!
¡Oh Dalmiro, el mejor de los pastores!
Dime la causa de tus graves males,
Te veo moribundo, yerto, frío
Y perdidos del rostro los colores,
Y tus ojos parados y mortales.
Alientos desiguales
Tu pecho da con pena;
La voz se te enajena.
¡Ay! sácame, te pido, del cuidado;
Si acaso mi amistad has olvidado,
Te pongo empeño superior ahora:
Dime lo que ha pasado;
Te lo pido por Filis, tu pastora.

DALMIRO.

¡Ortelio, amado Ortelio! calla, calla;
Aumentas con nombrarla mi quebranto.
Si el verla me causó tanta alegría,
Este tiempo pasó; tan otra se halla,
Que si tú me la acuerdas, en el llanto
Verás el fin de aquesta vida mía.
¡En triste aciago día
Miré yo su hermosura!
¡Oh cuánta desventura
Aquel funesto día ha producido!
No sé cómo mi fuerza ha resistido.
¡Oh necia ceguedad de los mortales!
¡Cuántas veces ha sido
Un bien principio de increíbles males!

ORTELIO.

¡Quién? ¡Filis? ¡La que tanto me quería!
¡La que un amor sin fin te aseguraba
Delante de zagalas y pastores!
¡La que buscaba flores
Por el valle y el prado,
Y un ramo bien ligado
Con cinta del color de la firmeza
Te daba como prenda de fineza!
¡La que te permitía que llevase
Su falda tu cabeza,
Y la siesta de Agosto así pasase!

DALMIRO.

La misma, sí, la misma. ¡Quién creyera
Que la que fué tan buena se trocará
En exceso de fraude y tiranía?
Mas fácilmente imaginado hubiera
Que el céfiro borrascas abortara
Y la luna saliera por el día.
Más fácil parecía
Vivir el tigre fiero
Con el manso cordero,
Salir los astros por el Occidente,
Volver un río contra su corriente,
Dar los cipreses rosas olorosas
Y andar el inocente
Seguro por ciudades engañosas.
Lo que le parecía más posible
No ha sucedido al infeliz Dalmiro;
Lo que juzgué imposible me sucede,
Es céfiro como ántes apacible,
La luna por la noche da su giro,
Al tigre la cordera el puesto cede;
Ni el río retrocede,

INJURIA EL POETA AL AMOR.

Amor, con flores ligas nuestros brazos;
Los míos te ofrecí lleno de penas,
Me echaste tus guirnaldas más amenas,
Secáronse las flores, vi los lazos,
Y vi que eran cadenas.
Nos guías por la senda placentera
Al templo del placer ciego y propicio;
Yo te seguí, mas viendo el artificio,
El peligro y tropel de tu carrera,
Vi que era un precipicio.
Con dulce copa, al parecer sagrada,
Al hombre brindas, de artificio lleno;
Bebí; quemóse con su ardor mi seno;
Con sed insana la dejé apurada
Y vi que era veneno.
Tu mar ofrece, con fingida calma,
Bonanza sin escollo ni contagio;
Yo me embarqué con tal falaz presagio,
Vi cada rumbo, que se ofrece al alma,
Y vi que era un naufragio.
El carro de tu madre, ingrata diosa,
Vi que tiraban aves inocentes;
Besáronlas mis labios imprudentes,
El pecho me rasgó la más hermosa
Y vi que eran serpientes.
Huye, amor, de mi pecho ya sereno,
Tus alas mueve á climas diferentes,
Llévame á los corazones imprudentes
Cadenas, precipicios y veneno,
Naufragios y serpientes.

RETRACTASE EL POETA DE LAS INJURIAS QUE DIJO AL AMOR, EN EL MISMO METRO.

Amor, yo te injurié, lleno de penas,
Cuando Filis me hirió con sus rigores;
Pero ha vuelto á mi pecho sus favores,
Vuélveme á echar tus lazos ó cadenas,
Hechas de suaves flores.
El precipicio que pintó mi pena,
Su peligro y tropel me ofrece en vano.
Filis me vuelve á amar, dame tu mano
Y llévame al placer; su senda amena
Es prado fresco y llano.
El vaso que arrojé cuando, affigido,
Su licor discurrí ser venenoso,
Vuelve á embriagar mi pecho ya gozoso;
Ya le vuelvo á gustar; ¡ay dios Cupido!
Es néctar delicioso.
Los vientos que en tu mar turban las aguas,
Y yo juzgué ser fieros septentriones,
Ya veo son ligeras mutaciones
O soplos con que enciendes más tus fraguas
Y nuestros corazones.
Las que llamó serpientes mi injusticia,
Y llevan la deidad de la hermosura,
Me han vuelto á deleitar con su blancura;
Palomas son sin hiel y sin malicia
Y llenas de ternura.
Vengan, amor, tu lazo y tu firmeza;
Llévame al templo, dame tu bebida,
Tu soplo aliente mi alma enternecida,
Y pon de las palomas la ternera
En mi Filis querida.

A LA FORTUNA.

Fortuna, á quien el vulgo llama diosa
(Y tanto tu inconstancia lo desmiente),
Ni creas que tu ceño me amedrente,
Ni que por ver tu cara más gustosa
Inmude yo mi frente.
Con ella levantada te he mirado,
Despreciando tus males y tus bienes,
Y cuando de triunfar del orbe vienes,
Te venzo, y del laurel que tú has ganado
Corono yo mis sienes.

Ni ha mudado la aurora
Su antiguo curso y hora,
Ni del ciprés se acaba la tristeza,
Ni en las ciudades fraude y sutileza.
El orden de las cosas no ha variado
En la naturaleza,
Y Filis, sola Filis, se ha mudado.

ORTELIO.

Y tú, Dalmiro, cuyo altivo pecho
Triunfaba ufano del rigor más fuerte
Que á veces te ofrecía tu pastora,
¡Ese valor acaso se ha deshecho,
Que tan triste y postrado llego á verte?
¡Para cuándo tu fuerza vencedora?
¡Alienta, pues, ahora,
Y suspende ese llanto;
No merecía tanto
La misma madre del rapaz Cupido;
La misma Venus nunca ha merecido
El dominio de un alma generosa.
El mérito ha perdido
Por ser mujer, si le ganó por diosa.

DALMIRO.

Tienes razón... pero valor no tengo;
Ya muero, sí, ya muero; ni un instante
Me queda de una vida tan cansada;
Si algún aliento... alguna voz mantengo,
Sólo es para pedirte que á mi amante,
Mal dije, que á mi ingrata, que á mi amada
Digas que está acabada
De Dalmiro la vida;
Que queda complacida;
Que muero, cual viví, suyo de véras.
Ya siento de mis ansias las postreras.
Adios, Ortelio; ya me siento yerto
Entre congojas fieras.

POETA.

Esto dijo Dalmiro y quedó muerto.
Ortelio, del cadáver cuidadoso,
Una tumba erigió, como es debido,
Con ramas de cipreses enlazadas,
No de mirto, que á Venus es gustoso,
Ni de hiedra, que es grata al dios Cupido,
Ni de otras yerbas al amor sagradas,
Dejólas coronadas
Con un corto letrero
(Y nada lisonjero,
Como otros epítafios que ha dictado
La adulación); porque éste fué grabado
Para ejemplar de otros amores;
Yo le tengo copiado
V así decía; escarmentad, pastores:

«Engañando está Dalmiro
Al pastor que la enamora.»
Pero él responde: «Pastora,
¡Eso es verdad ó mentira?»

GLOSA.

Ella dice: «Dulce dueño,
Toda es tuya el alma mía;
En tí pienso todo el día,
Contigo de noche sueño.
»Dime, pastor: ¿no te admira
La virtud de quien te adora?»
Pero él responde: «Pastora,
¡Eso es verdad ó mentira?»
Ella dice: «Si la suerte
Una corona me diera,
¡Cuán gozosa la perdiera,
Mi dueño, por no perderte!
»Tu pastora sólo aspira
A que la ames cual te adora.»
Pero él responde: «Pastora,
¡Eso es verdad ó mentira?»